

VIDA DE LA VENERABLE SANCHA CARRILLO



DOÑA SANCHA CARRILLO estuvo dotada de una gran belleza, hermosísima figura y con una gracia y simpatía fuera de lo común. Hija de D. Luis Fernández de Córdoba y D^a Luisa de Aguilar, VI Marqueses de Guadalcazar, a sus 17 años, era la mujer que se disputaban los nobles y caballeros de las mejores familias de España. Por tales dotes, cautivó a la misma emperatriz Isabel de Portugal, esposa de Carlos V, quien la nombra Dama de la Corte.

Orgullosa, preparaba en Écija los atavíos y joyas propias para trasladarse a la Corte, junto a

los Reyes, cuando su hermano D. Pedro de Córdoba, sacerdote, le recomienda que antes de su partida, confiese con el clérigo Juan de Ávila, que por esos días predicaba en Santa María. A dicha iglesia acude una mañana con sus mejores galas, rodeada de sus damas de compañía, estando largo rato oyendo en confesión la palabra y consejos del Santo Maestro Ávila.



Resolvióse con un firme propósito de servir a Dios toda su vida y de no admitir, ni aun pensar, en otro esposo. *Renunció a su proyecto de casarse con un hombre para ser señora rica en la tierra y decidió desposarse con Jesucristo viviendo virgen y pobre en su servicio aquí para ser reina con Él en los cielos.*



Al regresar a casa, entró sin decir palabra a sus aposentos, donde se desnuda de sus ropas de seda, guardó sus joyas, cortó sus

cabellos y cubrió su cuerpo con saya negra, lisa y su cabeza con toca basta. Sorprendidos quedaron sus padres y hermanos ante tal visión, solicitándole Sancha que le buscasen cuarto apartado de su casa, pues había decidido cambiar por completo su vida, renunciando a los placeres mundanos para dedicarse a la oración y al servicio de Dios. Una vez que los padres comprendieron lo sucedido, de acuerdo del padre Maestro Ávila, tomaron una pequeña casita que estaba pegada a la suya; acomodáronla dos aposentos y un oratorio y un patio; diéronle puerta a su casa y cerraron la de la calle. Allí se instala D^a Sancha e inicia una vida de penitencia y oración. Retirada vivió toda la vida, desde el día que se consagró a Dios hasta que partió a gozarle al cielo.

Tuvo la soledad por deleite y en medio de la ciudad halló la soledad de los monjes; encerrada en esta celda, gozaba de las anchuras del paraíso. Amaba a sus padres más sin dejarse ver de ellos. Se consagró a Dios con voto de perpetua virginidad y guardóla en cuerpo y alma, con pureza de ángel; hizo preciosa su virginidad con la santidad de sus costumbres, que correspondieron a la grandeza de su propósito. Aspiró a la perfección incesablemente, con el aliento y ardor que comenzó el día que mudó de pensamientos.

Puso su principal cuidado en la guarda del corazón, aprisionóle dentro de su pecho con las leyes divinas, sin dejar que supiese más caminos que el del cielo, ni sus pies, que el de la Iglesia. Fue la guarda de los sentidos rigurosa, en particular los ojos; traíalos tan compuestos y humildes, que mostraban bien la pureza de su alma. Solo salía a los templos y en ellos mantenía la actitud de recogimiento, fijando sus ojos en el altar o imágenes sagradas. En su vida retirada, solía cerrarlos porque no hiciesen estorbo en la ocupación del alma o levantarlos al cielo, fijos en

aquel Señor a quien amaba. Puso igual cuidado en los oídos y lengua, atendiendo vivamente que por estas puertas no entrase cosa que pudiese amancillar su pureza.



Dábale Nuestro Señor, grandes alientos, y animaba a proseguir vida tan penitente. Tuvo varias apariciones de

Cristo, una de ellas con la Cruz a cuesta y, arrojada a sus pies y díjole: «Señor, dadme vuestra cruz, y ayudaros he yo a llevarla». Miróla el Señor con ojos muy regalados y amorosos, y respondióle: «No doy yo mi cruz a los perezosos», y desapareció. Quedó herida con la respuesta y animada a proseguir su camino de austeridad y penitencia.

Fue extremada su caridad para con Dios; amó a los prójimos como a hijos de este Señor y queridos de su Padre; costóle este amor la vida. Su fe fue heroica; la estima de los santos

sacramentos y veneración, admirable. La devoción al Santísimo Sacramento no hay lengua que la explique y comulgando gozó de inestimables favores. Vio muchas veces a Cristo crucificado en la Hostia, diciéndola dulces y amorosísimas palabras. Un día de mucho calor que se dirigía a la Iglesia, sintiéndose muy fatigada, tuvo la idea de volverse pero vio con los ojos interiores del alma a Cristo Nuestro Señor a modo de caminante, los pies descalzos, cubierto el rostro de sudor de sangre; miróla con amorosísima y dulce vista, y la dijo: «Hija, no me cansé yo de buscarte, hasta la cruz, y di mi vida, por ti, ¿y tú te cansas de buscarme a mí, viviendo?» Con estas tiernas palabras se animó, llegó al convento tan descansada, como si hubiera ido en palmas. Recibió a su Dios sacramentado y levantando los ojos a mirarle, le parecía que todo era un inmenso fuego, que abrasaba el mundo con amor.

No se tenía por noble y sí se consideraba mortal; su trato fue muy suave y discreto, sus palabras encendidas en el amor de Dios, que ardía en el pecho. Su oración y contemplación

fueron altísimas, enajenándose del uso de los sentidos, sumergiéndose en el mar inmenso de las divinas misericordias; recibiólas grandísimas, en especial los días de la Encarnación, Nacimiento de Cristo, misterios de la Semana Santa y Santísima Trinidad, y cuando oía hablar del amor de Dios, que con cualquier palabras brotaba el fuego. Era su ordinario manjar la meditación de la vida y muerte de Cristo, bien nuestro; representáronsele con superior luz muchos de estos misterios, con notables efectos en su alma. Sentía muchas veces, en pies y manos, dolores tan intensos que no podía moverse. Las batallas y luchas con los demonios fueron continuas y crueles. No tiene pieza el infierno que no disparase contra la fortaleza de esta virgen; no ardid, no traza, que no se ejecutase; pero siempre en vano. Cuando sentía la tentación de la lujuria, peleaba la valerosa virgen con todas las armas que en estas ocasiones tenía usadas: ruegos, consideraciones, lágrimas, clamar al cielo permaneciendo largo tiempo en largo combate. En una de aquellas tentaciones contra la castidad, acordándose de lo que muchos santos habían hecho en semejantes aprietos, movida de un

impulso superior, se sumergió en agua fría, consiguiendo así repeler el asalto del enemigo que huyó avergonzado. Cantaron los ángeles la victoria; quedó a la Iglesia este ejemplo por este glorioso triunfo, por tan ilustre vencimiento; lo privilegió Nuestro Señor, para no ser más molestada por estas tentaciones. No se dio por rendido el enemigo, porque en tropas venían los demonios a espantarla y acosarla con horribles y formidables figuras, usando de varios engaños y fingimientos. Ella no paraba de luchar con ellos y así lo contó don Pedro de Córdoba, su hermano, al padre Maestro Ávila quien le envió una cruz con que sintió grande alivio. En tan reñidas batallas tuvo favorable a Dios, que la defendió con su poder y amor de padre, y a los ángeles santos que, como los imitó en la pureza, tuvo asegurado su favor, en particular al de su guarda, con quien tuvo entrañable devoción.

El don de profecía y visiones divinas fueron muchas. Cuando el Maestro Ávila celebraba la Misa, veía sobre su cabeza, un lucero de maravillosa claridad y hermosura, y que salían de su boca vivos rayos de luz, y iban a parar a las

orejas de los oyentes; como, al contrario, en dos sacerdotes vio lastimeras señales de su mal estado por el pecado.

Al rigor de tan áspera penitencia y las continuas vigiliyas se unían sus gravísimas y perpetuas enfermedades. Padecía muchas fiebres, graves dolores, ordinarios desmayos, unos ardores interiores, que consumían las carnes y la abrasaban. Crecían los males a pesar de las atenciones de los médicos. Favorecía la Nuestro Señor en estas enfermedades con notables favores e incluso gozó de la visión de la Virgen que la sanó de una enfermedad. El último año de su vida se agravaron sus enfermedades, arrojáronla en la cama, desfallecida de fuerzas. Su paciencia fue heroica. A dos causas atribuyeron su temprana muerte: ofreció sus dolores para que cesara una fuerte sequía que amenazaba con traer una grande ruina a toda Andalucía, de manera que se produjo un cambio climatológico y comenzaron las lluvias y el año fue muy fértil, mientras que a doña Sancha se agravaron sus enfermedades. Habiendo recibido los santos sacramentos, purificada aquella alma santa en

tan continuos crisoles, abrasada en unas ansias ardientes de ver y gozar de Dios, partió a poseerle eternamente a los veinte y cuatro años y medio de su edad, con los méritos de una ancianidad de siglos.



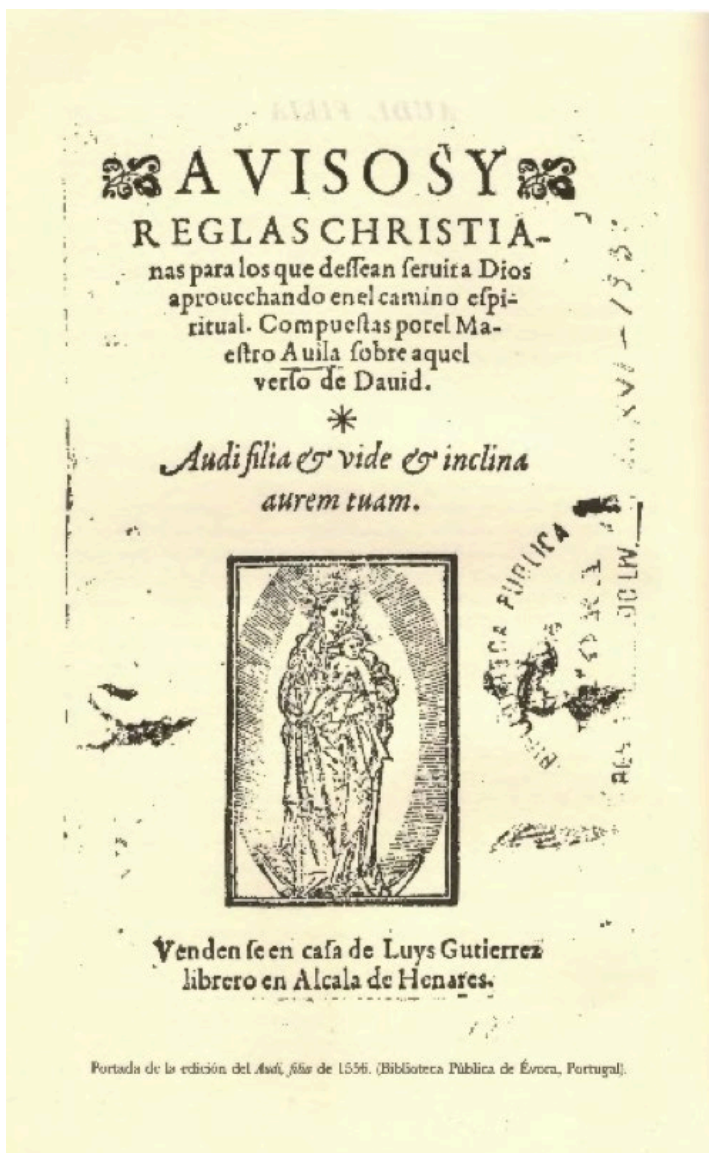
Había pedido a Nuestro Señor le hiciese merced de que fuese ella arrastrada por Cristo. Sucedió que, llevando el santo cuerpo de Guadalcázar a Córdoba, a depositarle en

Monasterio Franciscano de San Pedro el Real, en cuya capilla mayor se encuentra la cripta para el entierro de los señores de esta casa, acompañándola el padre Maestro Ávila, que hasta este último oficio le quiso ser buen padre, al entrar en la ciudad, se espantaron las acémilas; dieron a correr con ímpetu; descolgóse el ataúd, quedando colgado por la parte de los pies; desenclavóse la tabla de la parte superior, y salió

por allá la cabeza de la difunta; fue arrastrando por las calles, hasta la puerta del Monasterio de San Pedro el Real, hoy Parroquia de Francisco y San Eulogio, donde pararon las acémilas, no guiadas ni detenidas por hombre; hallaron el cuerpo sin lesión, sonroseado el rostro, y los labios de risa, sin que el cuerpo y cabeza hubiese sufrido daño alguno. Fue enterrada en la cripta de la Capilla Mayor de dicho Convento Franciscano.

Fue una las discípulas más importantes de San Juan de Ávila y a ella le escribió su libro *Audi filia*, tal y como afirma en el Prólogo de la edición del año 1564: «Veinte y siete años ha, cristiano lector, que escribí a una religiosa doncella, que muchos ha que es defunta, un tratado sobre el verso del salmo 44, que comienza: Oye, hija, y ve». Por su parte, esta esposa de Cristo valoraba tanto este libro que le llamaba «mi tesoro». Este es el único libro publicado por el Doctor de la Iglesia, primero clandestinamente, en Alcalá, en 1556, y, más tarde, ampliado y revisado con su autorización en Madrid, en 1557. Esta obra puede considerarse un verdadero compendio de ascética, y el rey Felipe II la tuvo en tanta estima

que pidió que no faltara nunca en su biblioteca de El Escorial; asimismo, el Cardenal Astorga, arzobispo de Toledo, dijo de esta obra que con ella "había convertido más almas que letras tiene". Este opúsculo marcó positivamente la ulterior literatura ascética, de manera que no hay en todo el siglo XVI autor de vida espiritual tan consultado como Juan de Ávila.



El relato de la vida de la Venerable Sancha Carrillo, enterrada en el antiguo Convento de San Pedro el Real, hoy Parroquia de San Francisco y San Eulogio, nos ha llegado por los escritos Fray Luis de Granada, San Juan de Ávila y el padre jesuita Martín de Roa.